

NOTAS, DESPUES DEL DILUVIO, PARA EL NUEVO VIAJE DE *DEUCALION*

por Angel CRESPO

1

Fue un día del otoño de 1950 cuando Evaristo Martín Freyre, que era entonces presidente de la Diputación Provincial de Ciudad Real, me paró en la calle de Caballeros y me propuso que proyectase y dirigiese una revista de poesía que subvencionaría la mencionada institución. Como sabía que estaba hablando con un hombre de talante abierto y liberal, le dije sin empacho por mi parte que lo haría con gusto siempre que me diese seguridades de que yo sería el único responsable de la publicación y de que no se produciría ninguna intervención oficial —ni siquiera la de que figurase en sus páginas ningún símbolo estatal, provincial o partidista—, a lo que enseguida accedió, yo creo que gustosamente. También le dije que, aunque la revista prestaría especial atención a las obras de los escritores y los artistas manchegos, no era mi propósito darle un contenido predominantemente regional, para evitar así que se aprovincialase.

De acuerdo en todo con Martín Freyre, que cumpliría religiosamente cuanto me había prometido, me puse en contacto, por indicación suya, con el Sr. Clemente, director de la imprenta-escuela del Hogar Provincial, con el que me entendí sin tardanza ni dificultad, en parte porque era una persona carente de prejuicios estéticos, incluso en lo que a su noble oficio se refería —lo cual le resultaba muy cómodo a quien, como yo, iba a entregarle originales tan novedosos para el entonces cerrado ambiente ciudadrealeño— y en parte también porque, habiéndome hecho cargo enseguida de su gran competencia profesional y de la bondad y la comprensión que trataban de ocultar sus modales a veces un poco bruscos, le traté siempre, en lo que a sus funciones se refería, como un aprendiz a su maestro. El Sr. Clemente se sentía orgulloso de aquellos pliegos intonsos e inconsútiles —en nada semejantes a cuantos impresos había confeccionado— que aparecían en ediciones de doscientos cincuenta ejemplares, y les dedicaba una atención verdaderamente conmovedora. Aunque yo pasaba en Madrid, desde donde solía enviarle los originales, la mayor parte del año, la revista aparecía puntualmente cada tres meses, lloviese o tronase, y estoy convencido de que esta continuidad y puntualidad de sus apariciones fueron factores muy importantes del prestigio que, para asombro mío, conquistó en no más de dos años y medio. Poco tiempo, es verdad, pues un buen día —¿por qué había de ser malo si todo ha de tener fin en este mundo?— recibí una carta de otro presidente de la Diputación en la que me comunicaba, sin que se me hubiese consultado, ni prevenido de palabra, y aún sin darme las gracias'' por la labor desarrollada'', la suspensión definitiva de la revista, en espera de la salida de otra, que sería de ''altos vuelos'' y no tardaría en aparecer, pero que, de